



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora
DE PAPEL

El Porvenir
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 13 DE JUNIO DE 2021

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

Decisiones y caminos

LA LAVA DENTRO DEL CRÁTER
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

El circo estaba en crisis: las entradas se habían venido abajo -a la mitad- desde hacía dos años. Pero su director seguía siendo un hombre desprendido, quien además dirigía la empresa con diligencia ejemplar. Pagaba generosamente a los empleados y cuando las entradas reportaban un ingreso superior a lo normal, lo repartía proporcionalmente entre él, como empresario, y los miembros del circo que habían participado en la función de esa noche. Además, apartaba una cantidad pequeña para quienes, por alguna razón, no habían podido colaborar en esa función. Su único defecto: su intolerancia a considerar opiniones contrarias a la suya.

Aquella tarde acudiría como espectador: el gobernador del estado, con esposa e hijos. Así es que deseaba que dos de sus espectáculos más peligrosos, los cuales nunca se presentaban en una misma noche para reducir los riesgos de un accidente, ahora se exhibieran juntos: Se trataban del lanzamiento de cuchillos rodeando el cuerpo de una chica, quien se mantenía quieta, recargada de espaldas en una tarima de madera; y el lanzamiento por medio de arco de una flecha, dirigida a partir por la mitad una manzana sostenida sobre la cabeza de la misma joven. El mismo lanzador para ambos actos.

Si el gobernador y su familia salían contentos del número que se presentaba esa noche, provocaría que hablara muy bien de estos visitantes que año con año llegaban a instalar su carpa al río seco de la ciudad, haciendo públicos sus comentarios en televisión. Además, le dijo el gobernante al director del circo que compraría boletos para regalar entre los servidores de menor rango al servicio del estado. Eso también representaba una cantidad importante de entradas durante varias funciones. El resultado sería un impulso a las ventas que ninguna campaña publicitaria lograría con tan poco esfuerzo.

Así es que esa tarde reunió a sus acróbatas, contorsionistas, equilibristas, escapistas, forzudos, hombre bala, magos, malabaristas, mimos, payasos, tragafuegos, tragasables y trapecistas, y anunció al visitante especial que tendrían. Les dijo que había preparado una lista de actividades especiales para esa noche y se las leyó en voz alta, para que supieran quiénes estaban convocados a la función, y a realizar qué actos.

Los cirqueros enmudecieron. ¿El lanzamiento de cuchillos y el de la flecha en la manzana, durante una misma noche?, se preguntaban. ¿No era demasiado riesgoso? Además, hacía unos momentos, el circo había tenido visitantes especiales. Un grupo de seis adolescentes se había acercado a la arena, introduciéndose dentro de sus confines hasta casi encontrarse con las fieras enjauladas: dos leones y un tigre. Cuando los cirqueros los vieron, corrieron detrás de ellos en persecución, para alejarlos de ahí, tratando de evitar que excitaran a los animales y los predispusieran de forma agresiva para la función.

El hombre lanza cuchillos había sido uno de los empleados persiguiendo a



los adolescentes, con látigo y sable en las manos. Su hermano menor era el domador de fieras, y esa noche estaría en peligro si los animales se excitaban por la visita inesperada. El hombre lanza cuchillos había quedado muy agitado con la corretiza de casi un kilómetro, y también por el estrés de no saber si los adolescentes responderían agresivamente contra él y su compañero, quienes los alejaron del lugar metiéndoles el susto. Los muchachos terminaron dejando sus bicicletas recargadas en las vallas metálicas que cercaban el circo. ¿Intentarían volver por ellas? Había que estar con los sentidos aguzados por si eso ocurría. El hombre lanza cuchillos ya no contaba con la tranquilidad necesaria para realizar sus actos una hora más tarde, esa noche.

A su compañera, los mismos cirqueros le dijeron: "No lo permitas; explícale al director que no puedes arriesgarte con los dos actos bajo estas circunstancias". Ella no estaba dudosa del riesgo; pero conocía el carácter totalitario del jefe, de su intolerancia hacia las opiniones que lo contradecían. Dejó pasar quince minutos y faltando media hora para que iniciara la función, se le acercó al patrón para comentarle de la situación. "Órdenes son órdenes", recibió como respuesta. "Pero, señor, vea cómo está de agitado mi marido. Un accidente nos traería una mala reputación". "Mira Brenda, no te metas conmigo. Esto mejorará las condiciones económicas de todos, de una vez por todas." La joven se quedó callada, sin moverse, mirando los ojos enfurecidos del director, pensando en qué más decir. "Me estoy sintiendo mal, señor, creo que el estómago se me está descomponiendo; no sé si podré sostenerme de pie en un rato." "Si ustedes no aparecen cuando sean llamados; tú y tu marido se van del circo esta misma noche", sentenció el patrón.

La función inició con payasos malabaristas y música infantil y alegre. La sonrisa de los hijos del gobernador se dibujó inmediatamente. Luego siguieron el hombre bala y los trapecistas, los

leones y el tragasables. Cuando se acercaba el turno del hombre lanza cuchillos, el director del circo fue a buscarlo. "¿Cómo te sientes, muchacho?". "Listo", respondió con una pierna temblándole de los nervios. El director le tocó el hombro para decirle: "Dejemos sus actuaciones para mañana". El joven y su mujer sintieron que la lava del volcán comenzaba a subir de regreso, por entre los árboles de la montaña sin quemarlos, retrocediendo para meterse dentro del cráter de donde había salido horas antes.

LA CARRETERA
OLGA DE LEÓN G.

Todos los que vivieron la despedida de los novios, después de la boda, se sorprendieron al ver que él despreció volar en avión, como tenían planeado y con los boletos para viaje redondo comprados con anticipación.

- Mi amor, vayámonos en avión, serán menos de tres horas, dejemos el auto aquí en casa de mis padres.

Él, con el rostro iluminado por el brillo de sus ojos en una mirada que irradiaba casi hasta el pensamiento y sus sentimientos de hombre pleno, orgulloso y feliz, le dijo:

- No te aflijas mi vida, soy un excelente conductor y mi auto es prácticamente

nuevo, no tiene ni tres meses que lo saqué de la agencia.

No se diga más; ¡seré tu piloto! Iremos disfrutando del paisaje y haremos las paradas que tú quieras. Ya verás que lo disfrutarás.

- Y, ¿dónde dormiremos?

- ... donde nos alcance la noche o el cansancio, allí dormiremos... en el primer pueblo que encontremos... Además, siempre podremos localizar alguno, en "google" o en el mapa...

Ella comprendió que nada podía hacer, él siempre tenía la última palabra; subió al auto y con una mirada triste le dijo adiós a la familia y los amigos que allí estaban, para ir al aeropuerto. No fue así.

Los primeros cuatrocientos kilómetros, le parecieron interminables; la carretera lucía su asfalto brillante por el sol intenso, y muy larga, una recta con apenas algunos abultamientos de pequeñas subidas. A los lados, casi el desierto: pajonales que el viento llevaba de aquí para allá, y que a ratos los regresaba, algunas nopaleras sin tunas y huisaches, estos eran los únicos árboles, ni muy altos ni frondosos; también se veían las grietas en la tierra, prueba irrefutable de la prolongada sequía: fue de lo que ambos se percataron primero.

Luego, la carretera se quebraba en dos, tuvieron que elegir tomar una, sin estar seguros de que los llevaría a donde esperaban pernoctar y almorzar por la mañana.

Ella iba hablándole, contando nimiedades, solo con el propósito de mantenerlo alerta al camino, que no se fuera a dormir por lo monótono de la noche en esa carretera. Al poco tiempo de seguir, por esa recta -a ratos- y curvas en algunos tramos, comprendieron que el trayecto había dejado de ser carretera desde cien kilómetros atrás, ahora era un camino de terracería, y notaron que ningún otro auto, camioneta, camión o tráiler transitaban por allí, ni delante ni atrás de ellos.

Llevaban cuatro horas y media de transitar en el auto, se habían detenido solo en una gasolinera y allí mismo, usaron los baños y compraron algunas botanas, agua, café y refrescos para el camino. Y continuaron por donde él eligió seguir, en la bifurcación que ahora les quedaba bastante atrás.

El camino, como antes la carretera, parecía no tener fin. Manejando, se adentraron por una especie de oasis: árboles y más árboles, pinos y abetos los rodeaban y pareciera como si fueran a comerse a su pequeño auto.

Por fin, tras otros cien kilómetros, vislumbraron iluminación. De inmediato, renació en ambos la esperanza de encontrarse próximos a alguna ciudad o pueblo donde podrían dormir, al menos unas seis horas.

Luces que provenían de reflectores y lámparas los fueron guiando hasta llegar a un enorme claro en el bosque, que era el centro previo a una serie de construcciones un tanto extrañas, de estilo entre gótico y arabesco que rodeaban a la construcción principal... lo que dedujeron por el tamaño y la altura de esta frente a las otras diez o doce: quedaron extasiados, no daban crédito a que comunidades o pueblos así, existieran en su país.

Una vez, que uno de los que traía en mano una lámpara, les indicara alto y se acercara para abrirles las puertas... apenas si unos segundos antes, se miraron a los ojos y leyeron el mensaje del otro idéntico al suyo: "vámonos", salgamos de aquí...

El avión llegó a tiempo. Ya los esperaban de regreso, padres y hermanos: los llevarían a comer al restaurante de siempre, al que le gustaba más a la pareja.

Bajó solo ella, corrió a abrazarlos y les dio la triste noticia: lo habían retenido a él, a cambio de dejarla libre a ella. El amor no tiene razones, ni límites.



Fernando Pessoa

(Lisboa, 1888 - id., 1935) Poeta portugués. Fernando Pessoa pasó su infancia y juventud en la República de Sudáfrica; cursó estudios de derecho en la Universidad de El Cabo y regresó a Lisboa en 1905. Inició su obra literaria en inglés, aunque a partir de 1908 creció su interés por la lengua portuguesa.

Su obra es una de las más originales de la literatura portuguesa y fue, junto con Mário de Sá Carneiro, uno de los introductores en su país de los movimientos de vanguardia. A partir de 1914 proyectó su obra sobre tres heterónimos: Ricardo Reis, Álvaro de Campos y Alberto Caeiro, para quienes inventó personalidades divergentes y estilos literarios distintos. Frente a la espontaneidad expresiva y sensual de Alberto Caeiro, Ricardo Reis trabaja minuciosamente la sintaxis y el léxico, inspirándose en los arcadistas del siglo XVIII, mientras que Álvaro de Campos evoluciona desde una estética próxima a la de Walt Whitman hasta unas preocupaciones metafísicas en la tarea de explicar la vida desde una perspectiva racional.

Sobre estos doblamientos del poeta en varias personalidades reflejó Pessoa sus distintos yos conflictivos, a la vez que elaboraba su propia obra poética, a veces experimental, una de las más importantes del siglo XX y que en su mayor parte permaneció inédita hasta su muerte. Su poesía, que supone un intento por superar la dualidad entre razón y vida, fue recogida en los volúmenes Obras completas: I. Poesías, 1942, de Fernando Pessoa; II. Poesías, 1944, de Álvaro de Campos; III. Poemas, 1946, de Alberto Caeiro; IV. Odas, 1946, de Ricardo Reis; V. Mensagem, 1945; VI. Poemas dramáticos; VII. y VIII. Poesías inéditas, 1955-1956.

Su obra ensayística ha sido recogida en Páginas íntimas de autointerpretación (1966), Páginas de estética y de teoría y crítica literarias (1967) y Textos filosóficos (1968). En 1982 apareció el Libro del desasosiego, compendio de apuntes, aforismos, divagaciones y fragmentos del diario que Fernando Pessoa dejó al morir.

ad pèdem literae

Cambia de opinión, mantén tus principios; cambia tus hojas, mantén intactas tus raíces

Victor Hugo

Letras de
buen humor

Todo el mundo comete errores. La clave está en comerlos cuando nadie nos ve

Peter Alexander Ustinov

Javier García-Galiano

Creaciones de un lector

Cervantes sabía que el lector puede ser el personaje esencial de la literatura, que un lector fascinado por los libros podría querer emular lo que leía y convertirse en personaje de un libro y adentrarse de ese libro leer su devenir como personaje, al que se alude asimismo en otro libro.

El lector desconoce su inexorable destino, que con frecuencia se manifiesta inadvertidamente al principio en un libro de estampas, en un manual de mitología, en una historia de dinosaurios. Esos libros conducen a veces a otros libros, que no prescinden de los nombres de Rudyard Kipling, Robert Louis Stevenson, Verne, Salgari, que inducen a la lectura de otros libros, que pueden convertir la lectura en un vicio placentero.

Entre las derivaciones que suele deparar ese destino no resultan las menos comunes la del librero, la del editor, la de la escritura.

Roberto Calasso, que cumplió 80 años el último domingo de mayo, ha ensayado de manera natural algunas de las formas de esas derivaciones. Desde hace decenas es editor de Adelphi, una editorial cuyos libros "estaban marcados por cierta inconexión. En la misma colección, la

Biblioteca, aparecían sin solución de continuidad una novela fantástica, un tratado japonés sobre el arte del teatro, un libro popular de etiología, un texto religioso tibetano, el relato de una experiencia en la cárcel durante la Segunda Guerra Mundial". En algunas librerías cuyos anaqueles están divididos por materias, encontró —junto a los epígrafes Cocina, Economía, Historia, etc.— otra etiqueta, impresa en el mismo tipo de letra, que decía: Adelphi.

"¿Qué es una editorial sino una larga serpiente de páginas?" escribió en La impronta del editor. "Cada segmento de esa serpiente es un libro. ¿Y si consideramos esa serie de segmentos un único libro? Un libro que comprende en sus múltiples géneros, estilos, épocas, pero en el que se avanza con naturalidad, esperando siempre un nuevo capítulo, que cada vez es de un autor distinto".

La edición de un libro ha inducido a la invención de géneros como la "epístola dedicatoria", que todavía desconcierta los impresos de muchos clásicos, el prólogo, el epílogo, la solapa. Calasso sostiene que la edición importa un género literario y no ha rehuído esas formas de escritura que ha hallado el com-



ercio del libro: ha escrito solapas, prólogos, epílogos que terminaron convirtiéndose en un libro personal: Los cuarenta y nueve escalones.

Esas lecturas, los asaltos inexorables de esas lecturas, Calasso los ha transformado en recreaciones como en Las bodas de Cadmo y Harmonía y van deparándole al escritor y al lector un género personal que no deja de transformarse en cada libro. No se trata de un artificio o de una impostura, sino formas de escritura que Calasso no deja de hallar para con-

formar lo que incesantemente incitan lecturas, observaciones, remembranzas, conversaciones, el azar, el ocio, ciertas ideas a veces actuales. Es asimismo la manera que ha ido encontrando para representar los pensamientos que ocurren con libertad, como suelen ocurrir y transformarse los pensamientos, sin convenciones.

En México, dos de sus lectores fieles, José Manuel de Rivas y Luis Alberto Ayala Blanco, han sido editores peculiarmente admirables.